

Fernando Martínez Heredia



# La crítica en tiempo de Revolución

Antología de textos de *Pensamiento Crítico*

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: Lic. Natividad Alfaro Pena  
DISEÑO: Sergio Rodríguez Caballero  
COMPOSICIÓN DIGITALIZADA: Virginia Pacheco Lien

© Fernando Martínez Heredia, 2010

© Sobre la presente edición:  
Editorial Oriente, 2010

ISBN 978-959-11-0725-1  
INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO  
EDITORIAL ORIENTE  
J. Castillo Duany no. 356  
e/ Pío Rosado y Hartmann  
Santiago de Cuba  
E-mail: [edoriente@cultstgo.cult.cu](mailto:edoriente@cultstgo.cult.cu).  
[www.cubaliteraria.com](http://www.cubaliteraria.com)

# Índice

Nota a la antología/ 5

A cuarenta años de *Pensamiento Crítico*/ 9

Editorial del número 1 de *Pensamiento Crítico*/ 19

## AMÉRICA LATINA/ 21

Por la revolución colombiana ● **Camilo Torres**/ 23

Plataforma para un movimiento de unidad popular/ 23

Eduquemos al pueblo para la Revolución/ 28

Proclama de Camilo Torres a los colombianos/ 29

La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geopolítico ● **Fabrizio Ojeda**/ 32

Revolución guatemalteca de 1944 ● **Luis A. Turcios Lima**/ 50

Declaración de las FAR de Guatemala/ 56

Secuencia de la cultura indígena guatemalteca ● **Aura Marina Arriola**/ 67

Carlos Marighella/ 71

Respuestas al cuestionario de *Pensamiento Crítico*/ 72

El que baila se queda; el que no baila se va/ 77

Uruguay en un instante decisivo ● **Mario Benedetti**/ 81

La revolución y el peronismo ● **John William Cooke**/ 86

1. El peronismo es el hecho maldito de la política del país burgués/ 86

2. Sin conocer al peronismo, la política revolucionaria es una abstracción/ 89

3. La contradicción entre el papel revolucionario del peronismo y la política de sus direcciones/ 90

*Pensamiento Crítico* acerca de la revolución latinoamericana/ 107

Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina ● **Aníbal Quijano**/ 111

Patrones generales de formación y desarrollo de los movimientos campesinos actuales/ 113

Algunos factores que intervienen en la movilización campesina contemporánea/ 122

Algunas reflexiones sobre las perspectivas futuras del movimiento campesino/ 129

El desarrollo del subdesarrollo ● **André Gunder Frank**/ 133

El carácter de la revolución brasileña ● **Ruy Mauro Marini**/ 147

El compromiso político de 1937/ 149

La ruptura de la complementaridad/ 152

La embestida imperialista/ 155

Imperialismo y burguesía nacional/ 157

El subimperialismo/ 163

Revolución y lucha de clases/ 166

El medio de comunicación de masas en la lucha de clases ● **Armand Mattelart**/ 170

III. Un medio de comunicación de masas revolucionario le devuelve el habla al pueblo/ 170

Presentación del número 16/ 188

Ramón de Armas presenta a Darcy Ribeiro/ 191

Juan Pérez de la Riva presenta al conde de Aranda/ 198

Del antiguo apogeo a la humillación de nuestro tiempo ● **Eduardo Galeano**/ 203

## **CUBA/ 215**

José Martí/ 217

En la guerra/ 218

Revolución del 30/ 221

Gabriel Barceló: carta a Jorge Mañach/ 227

Alfredo López ● **Julio A. Mella**/ 230

1935-1955 8 de mayo ● **Rafael Orejón Forment**/ 232

Carta a Fidel (7 de julio de 1957)/ 236

A las fuerzas revolucionarias de la zona norte de Las Villas ● **Camilo Cienfuegos**/ 242

Editorial de *Pensamiento Crítico* 6/ 244

Cuba y América Latina (Fragmento) ● **Ernesto Che Guevara**/ 246

El problema “teoría económica-período de transición” ● **Ángel Hernández y Jorge Gómez**/ 250

Del método/ 251

¿La ley del valor?/ 256

- La producción de mercancías en el período de transición al comunismo/257
- Propiedad estatal y transición al comunismo ● **Homero Fuentes**/ 267
- Algunos antecedentes sobre la cuestión de la propiedad/ 268
- La propiedad estatal revolucionaria y su función histórica/ 273
- Consecuencia de la propiedad estatal/ 275
- Editorial de *Pensamiento Crítico* 45/ 280
- Explicación de saludo/ 283
- Llamamiento de La Habana/ 285
- El cine cubano/ 287
- El cine documental cubano ● **Julio García Espinosa**/ 287
- Los documentalistas hablan ● **Sara Gómez Yera**/ 294
- La música en el cine cubano. Un año de experimentación ● **Leo Brower**/ 295

## **LA REVOLUCIÓN EN EL MUNDO/ 301**

- Editorial de *Pensamiento Crítico* 4/ 303
- El camino que me llevó al leninismo ● **Ho Chi Minh**/ 305
- La mujer anamita y la dominación francesa/ 307
- Llamamiento a todo el pueblo para emprender la guerra de resistencia/ 308
- A la juventud vietnamita/ 308
- A los cuadros encargados de la educación de los niños/ 310
- Poema por el Tet 1954/ 311
- Carta a los campesinos y a los cuadros al terminar exitosamente la reforma agraria en el norte/ 311
- Extractos de una plática en la reunión de los cuadros que debatió el proyecto de ley sobre el matrimonio y la familia/ 314
- Llamamiento a los compatriotas y combatientes de todo el país/ 315
- Saludo de primavera/ 318
- Testamento del presidente Ho Chi Minh (Fragmento)/ 318
- Pensamiento Crítico* sobre Ho Chi Minh/ 320
- Breve análisis de la estructura social de la Guinea “portuguesa” ● **Amílcar Cabral**/ 322
- Los grupos sociales frente a la lucha de liberación nacional/ 324
- El papel de la pequeña burguesía/ 326
- El neocolonialismo, una derrota para el movimiento obrero internacional/ 330

Mensaje a los pueblos del Tercer Mundo ● **Bertrand Rusell**/ 333  
Editorial de *Pensamiento Crítico* 17/ 335  
El poder negro ● **Stokely Carmichael**/ 337  
Movimientos estudiantiles antiautoritarios y revolución/ 348  
    Editoriales de *Pensamiento Crítico* 21 y 25/26/ 348  
El principio del drama ● **André Malraux**/ 354  
Las limitaciones y las posibilidades de la acción sindical ● **Perry  
Anderson**/ 357  
    Limitaciones y críticas/ 357  
    La inversión de funciones: partidos y sindicatos/ 366  
    El futuro/ 370  
Centenario de la Comuna de París/ 375  
Cronología de la Revolución de Octubre/ 378

## **PENSAMIENTO/ 389**

La teoría marxista/ 391  
    Presentación del número 41/ 391  
La teoría marxiana de la acumulación primitiva y la industrialización  
del Tercer Mundo ● **Ernest Mandel**/ 394  
Economía de dos mundos ● **Paul Baran y Paul M. Sweezy**/ 412  
La cultura de la pobreza ● **Oscar Lewis**/ 432  
Max Weber: racionalidad y capitalismo ● **Herbert Marcuse**/ 445  
    Racionalidad formal/ 447  
    Capitalismo y dominación/ 451  
    La burocracia/ 457  
    El carisma/ 458  
    Tecnología y liberación/ 461  
La estructura, la palabra, el acontecimiento ● **Paul Ricoeur**/ 465  
    I. Los presupuestos del análisis estructural/ 466  
    II. La palabra como discurso/ 469  
    III. La estructura y el acontecimiento/ 476  
Sistemas, modelos y teorías/ 485  
    Editorial de *Pensamiento Crítico* 47/ 485

## **EL ÚLTIMO NÚMERO/ 489**

El educador. Su formación estética ● **Onelia Cabrera Loma**/ 492  
Tres preguntas a *Pensamiento Crítico*/ 498

# El carácter de la revolución brasileña

Ruy Mauro Marini

*El compromiso político de 1937. La ruptura de la complementaridad.  
La embestida imperialista. Imperialismo y burguesía nacional.  
El subimperialismo. Revolución y lucha de clases.*

Las luchas políticas brasileñas de los últimos quince años fueron la expresión de una crisis más amplia, de carácter social y económico, que parecía no dejar al país otra salida que la de una revolución. Sin embargo, una vez implantada la dictadura militar, en abril de 1964, las fuerzas de izquierda se han visto obligadas a revisar sus concepciones sobre el carácter de la crisis brasileña, como punto de partida para la definición de una estrategia de lucha contra la situación que al final prevaleció. En un diálogo a veces lleno de amargura, los intelectuales y líderes políticos vinculados con el movimiento popular plantean hoy dos cuestiones fundamentales: ¿Qué es la revolución brasileña? ¿Qué representa en su contexto la dictadura militar?

Las respuestas se orientan, por lo general, a lo largo de dos hilos conductores. La revolución brasileña es entendida, primero, como el proceso de modernización de las estructuras económicas del país, principalmente a través de la industrialización, proceso que se acompaña de una tendencia creciente de participación de las masas en la vida política.<sup>1</sup> Identificada así con el propio desarrollo económico, la revolución brasileña tendría su fecha inicial en el movimiento de 1930, habiéndose extendido sin interrupción hasta el golpe de abril de 1964. Paralelamente, y en la medida que los factores primarios del subdesarrollo brasileño son la vinculación con el imperialismo y la estructura agraria, que muchos consideran semifeudal el contenido de la revolución brasileña sería antiimperialista y antifeudal.

Esas dos direcciones conducen, pues, a un solo resultado—la caracterización de la revolución brasileña como una revolución democrático-burguesa, y descansan en dos premisas básicas: la primera consiste en ubicar el antagonismo nación-imperialismo como la contradicción principal del proceso brasileño; la segunda, en admitir un dualismo estructural en esa

<sup>1</sup> Véase, como expresión más acabada de esta tendencia, la obra de Celso Furtado: *A pré-revolução brasileira*, Rio de Janeiro, 1962.

misma sociedad, que opondría el sector precapitalista al sector propiamente capitalista. Su implicación más importante es la idea de un frente único formado por las clases interesadas en el desarrollo, básicamente la burguesía y el proletariado, contra el imperialismo y el latifundio. Su aspecto más curioso es el de unir una noción antidialéctica, como la del dualismo estructural, a una noción paradialéctica, cual sería la de una revolución burguesa permanente, de la que los acontecimientos políticos brasileños en los últimos 40 años no habrían sido más que episodios.

En esa perspectiva, el régimen militar implantado en 1964 aparece simultáneamente como una consecuencia y una interrupción. Así es que, interpretada como un gobierno impuesto desde fuera por el imperialismo norteamericano, la dictadura militar es considerada también como una interrupción y aun como un retroceso en el proceso de desarrollo, lo que se expresa en la depresión a la que fue llevada la economía brasileña.<sup>2</sup> El espinoso problema planteado por la adhesión de la burguesía a la dictadura es solucionado cuando se admite que, temerosa por la radicalización ocurrida en el movimiento de masas en los últimos días del gobierno de Goulart, esa clase, del mismo modo que la pequeña burguesía, apoyó el golpe de Estado articulado por el imperialismo y la reacción interna, pasando luego a ser víctima de su propia política, en virtud de la orientación antidesarrollista y desnacionalizante adoptada por el gobierno militar.

A partir de tal interpretación, la izquierda brasileña (nos referimos a su sector mayoritario, representado por el movimiento nacionalista y el Partido Comunista Brasileño) toma por consigna la “redemocratización”, destinada a restablecer las condiciones necesarias a la participación política de las masas y acelerar el proceso de desarrollo. En último término, trátase de crear de nuevo la base necesaria al restablecimiento del frente único obrero-burgués, que marcó el gobierno de Goulart, es decir, el diálogo político y la comunidad de propósitos entre las dos clases. Y es como, basada en su concepción de la revolución brasileña, esa izquierda no llega hoy a otro resultado sino señalar, como salida para la crisis actual, una vuelta al pasado.

<sup>2</sup> Según la Fundación Getulio Vargas, entidad semioficial, el Producto Nacional Bruto (PNB), del Brasil presentó las variaciones siguientes: 1960-1961, 7 %; 1962, 5,4 %; 1963, 1,6 %, y 1964 -3 %. La tasa de crecimiento demográfico del país es, actualmente, de 3,05 %. En 1965, el PNB presentó sensible recuperación y aumento de un 5 %, pero la producción industrial propiamente dicha disminuyó casi en la misma proporción. Finalmente, a partir de 1966, la economía brasileña entró en fase de recuperación.

Sería difícil verificar la exactitud de esa concepción sin examinar de cerca el capitalismo brasileño, la manera como se ha desarrollado y su naturaleza actual. Por lo general, los estudiosos están de acuerdo en aceptar la fecha de 1930 como el momento decisivo que marcó el tránsito de una economía semicolonial, basada en la exportación de un solo producto y caracterizada por su actividad eminentemente agrícola, a una economía diversificada, animada por un fuerte proceso de industrialización. En efecto, si el inicio de la industrialización data de más de cien años y estuvo incluso en la raíz del proceso político revolucionario que, victorioso en 1930, permitió su aceleración, y si la actividad fabril gana impulso en la década de 1920, no es posible negar que es a partir de la revolución de 1930 que la industrialización se afirma en el país y emprende el cambio global de la vieja sociedad.

La crisis mundial de 1929 obró mucho en este sentido. Imposibilitado de colocar en el mercado internacional su producción y sufriendo el efecto de una demanda de bienes manufacturados que ya no podía satisfacer con importaciones, el país acelera la substitución de importaciones de bienes manufacturados, desarrollando un proceso que parte de la industria liviana y llega, hacia los años 40, a la industria de base. Es la crisis de la economía cafetera y la presión de la nueva clase industrial para participar del poder lo que engendra, primeramente, el movimiento revolucionario de 1930, que obliga a la vieja oligarquía terrateniente a abrir la mano de su monopolio político e instala en el poder al equipo revolucionario encabezado por Getulio Vargas.

Durante algunos años, las fuerzas políticas se mantendrán en un equilibrio inestable, mientras intentan nuevas composiciones. La embestida fracasada de la oligarquía, en 1932, refuerza la posición de la pequeña burguesía, cuya ala radical, unida al proletariado, desea profundizar el cambio revolucionario, reclamando sobre todo una reforma agraria. La insurrección izquierdista de 1935 se concluye empero con la derrota de esa tendencia, lo que permite a la burguesía consolidar su posición. Aliándose a la oligarquía y al sector derechista de la pequeña burguesía (el cual será aplastado el año siguiente), la burguesía apoya, en 1937, la implantación de un régimen dictatorial, bajo el liderazgo de Vargas.

El “Estado Novo” de 1937, siendo un régimen bonapartista, está lejos de representar una opresión abierta de clase. Al contrario, a través de



una legislación social avanzada, que se complementa con una organización sindical de tipo corporativo y un fuerte aparato policial y de propaganda, trata de encuadrar a las masas obreras. Paralelamente, instituyendo el concurso obligatorio para los cargos públicos de bajo y medio niveles, concede a la pequeña burguesía (única clase verdaderamente letrada) el monopolio de los mismos y le da, por tanto, una perspectiva de estabilidad económica.

La cuestión fundamental está en comprender por qué la revolución de 1930 condujo a ese equilibrio político, y más exactamente por qué tal equilibrio se basó en un compromiso entre la burguesía y la antigua oligarquía terrateniente y mercantil. La izquierda brasileña, haciéndose eco de un Virgilio Santa Rosa (intérprete de la pequeña burguesía radical en los años 30), tiende hoy a atribuir ese hecho a la ausencia de conciencia de clase por parte de la burguesía, explicable por la circunstancia de haberse realizado la industrialización a costa de capitales originados de la agricultura, que no encontraban ya allí un campo de inversión. Incide, en nuestro entender, en un doble error.

Primero, el desplazamiento de capitales de la agricultura hacia la industria tiene muy poco que ver, en sí mismo, con la conciencia de clase. No son los capitales los que tienen tal conciencia, sino los hombres que los manejan. Y nada indica (al contrario, estudios recientes dicen lo inverso) que los latifundistas hayáanse convertido ellos mismos en empresarios industriales. Lo que parece haber pasado ha sido un drenaje de los capitales de la agricultura hacia la industria mediante el sistema bancario; lo que, de paso, explica mucho del comportamiento político indefinido y aún doble de la banca brasileña.

El segundo error es el de creer que la burguesía industrial no ha luchado por imponer su política, siempre que sus intereses no coincidían con los de la oligarquía latifundista-mercantil. Toda la historia político-administrativa del país en los últimos cuarenta años ha sido, justamente, la historia de esa lucha, en el terreno del crédito, de los tributos, de la política cambiaria. Si el conflicto no fue ostensible, si no estalló en insurrecciones y guerras civiles, es precisamente porque se desarrolló en el marco de un compromiso político: el de 1937. Los momentos en que ese compromiso ha sido puesto en jaque fueron aquellos en que la vida política del país se convulsionó: 1954, 1961, 1964.

Ahora bien, el compromiso de 1937 expresa de hecho una complementación entre los intereses económicos de la burguesía y de las antiguas clases dominantes; es en este marco que el drenaje de capitales tiene

sentido, aunque no se pueda confundir tal drenaje con la complementación misma. Y es por haber reconocido la existencia de ésta y actuado en consecuencia que no se puede hablar de falta de conciencia de clase por parte de la burguesía brasileña.

Uno de los elementos indicativos de esa complementariedad es, en efecto, el drenaje de capitales hacia la industria, por el cual la burguesía tuvo acceso a un excedente económico que no necesitaba expropiar, puesto que se le ponía espontáneamente a su disposición. No es, sin embargo, el único: mantener el precio externo del café, mientras se devaluaba internamente la moneda, interesaba a los dos sectores —a la oligarquía porque preservaba el nivel de sus ingresos, a la burguesía porque funcionaba como una tarifa proteccionista. La demanda industrial interna era, por otra parte, sostenida exactamente por la oligarquía, necesitada de los bienes de consumo que ya no podía importar, y en condición de adquirirlos solamente en la medida en que se le garantizaba el nivel de sus ingresos.

Éste será, sin duda, el punto esencial para comprender la complementariedad objetiva en que se basaba el compromiso de 1937. Se trata de ver que, sosteniendo la capacidad productiva del sistema agrario (mediante la compra y el almacenamiento o la quema de los productos inexportables), el Estado garantizaba a la burguesía un mercado inmediato, el único en realidad de que podía disponer en la coyuntura mundial de crisis. Por sus características rezagadas, el sistema agrario mantenía, por otra parte, su capacidad productiva a un nivel inferior a las necesidades de empleo de las masas rurales, forzando un desplazamiento constante de la mano de obra hacia las ciudades. Esta mano de obra migratoria no iba, tan solo, a engrosar la clase obrera empleada en las actividades manufactureras, sino que crearía un excedente permanente de trabajo, es decir, un ejército industrial de reserva que permitía a la burguesía rebajar los salarios e impulsar la acumulación de capital exigida por la industrialización. En consecuencia, una reforma agraria no habría hecho más que trastornar ese mecanismo, siendo, incluso susceptible de provocar el colapso de todo el sistema agrario, lo que hubiera liquidado el mercado para la producción industrial y engendrado el desempleo masivo en el campo y en la ciudad, desencadenando, pues, una crisis global en la economía brasileña.

Es por lo que no cabe hablar de una dualidad estructural de esa economía, tal como se suele entenderse, es decir, como una oposición entre dos sistemas económicos independientes y aún hostiles, sin que la cuestión

quede seriamente confundida.<sup>3</sup> Al contrario, el punto fundamental está en reconocer que la agricultura de exportación fue la base misma sobre la cual se desarrolló el capitalismo industrial brasileño. Más que esto, y desde un punto de vista global, la industrialización fue la salida encontrada por el capitalismo brasileño en el momento en que la crisis mundial, iniciada con la guerra de 1914, agravada por el *crack* de 1929 y llevada a su paroxismo con la guerra de 1939, trastornaba el mecanismo de los mercados internacionales.

Este razonamiento lleva también a desechar la tesis de una revolución permanente de la burguesía, puesto que se tiene que enmarcar su revolución en el período 1930-1937. El “Estado Novo” no sólo significa la consolidación de la burguesía en el poder: representa, también, la renuncia de esa clase a cualquier iniciativa revolucionaria, su alianza con las viejas clases dominantes en contra de las alas radicales de la pequeña burguesía, así como de las masas proletarias y campesinas, y el encauzamiento del desarrollo capitalista nacional por la vía trazada por los intereses de la coalición dominante que él expresa.

### La ruptura de la complementaridad

Alimentada con el excedente económico creado por la explotación de los campesinos y obreros, y teniendo a la estructura agraria como elemento regulador de la producción industrial y del mercado de trabajo, la industria nacional que se desarrolla entre los años 1930-1950 depende del mantenimiento de esa estructura, aunque se enfrente constantemente al latifundio y al capital comercial en lo que atañe a la apropiación de las ganancias creadas por el sistema. Sin embargo, y en la medida que se procesa el desarrollo económico, el polo industrial de esa relación tiende a autonomizarse y entra en conflicto con el polo agrario. Es posible identificar tres factores, a raíz de ese antagonismo.

El primero se refiere a la crisis general de la economía de exportación, en Brasil, como un resultado de las nuevas tendencias que rigen en el mercado mundial de materias primas. Aplazada por la guerra de 1939 y por el conflicto coreano, esa crisis se volverá ostensible a partir de 1953. La incapacidad del principal mercado comprador de los productos brasileños —el norteamericano— para absorber las exportaciones tradicionales

<sup>3</sup> La refutación más radical de la tesis del dualismo estructural la hizo André Gunder Frank, en su *Capitalism and under development in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York, 1967.

del país, la competencia de los países africanos y de los propios países industrializados, y la formación de zonas preferenciales, como el Mercado Común Europeo, la hacen irreversible.

Esa situación determinaba ya que la complementaridad, hasta entonces existente, entre la industria y la agricultura se viera puesta en cuestión. Amén de la acumulación de existencias invendibles que, debiendo ser financiadas por el Gobierno, representaban una inmovilización de recursos retirados a la actividad industrial, la agricultura ya no ofrece a la industria el monto de divisas que ésta necesita, en escala creciente, para importar equipos y bienes intermedios, sea para mantener en actividad el parque manufacturero existente, sea, principalmente, para propiciar la implantación de una industria pesada. Así es que, a pesar de que las exportaciones mundiales aumentan, entre 1951 y 1960, en un 55 %, creciendo a la tasa media geométrica anual del 5,03 %, las exportaciones brasileñas disminuyen, en el mismo período, en un 38 %, bajando a la tasa media geométrica anual de 3,7 %.<sup>4</sup>

Mientras tanto, las importaciones de materias primas, combustibles, bienes intermedios, equipos para atender a la depreciación y trigo representan el 70 % del total de las importaciones, lo que vuelve extremadamente rígida esa cuenta de la balanza comercial, ya que “cerca del 70 % del total de la importación está constituido por productos imprescindibles a la manutención de la producción interna corriente y a la satisfacción de las necesidades básicas de la población”.<sup>5</sup>

Un segundo factor que estimula el antagonismo entre la industria y la agricultura resulta de la incapacidad de ésta para abastecer a los mercados urbanos del país, en franca expansión. Las carencias surgidas en el suministro de materias primas y géneros alimentarios a las ciudades provocan el alza de precios de unas y de otros. Consecuencia del carácter rezagado de la agricultura —que resulta a su vez de la concentración de la propiedad de la tierra—, este hecho es puesto en evidencia por su repercusión en el nivel de vida de la clase obrera. La presión sindical en

<sup>4</sup> Datos proporcionados por la revista de la Confederación Nacional de la Industria del Brasil, *Desenvolvimento & Conjuntura*, Rio de Janeiro, marzo de 1965, p. 111.

<sup>5</sup> *Programa de Ação Económica do Governo, 1964-1966*, Ministerio de Planeación y Coordinación Económica del Brasil, Documento EPEA, número 1, noviembre de 1964, pp. 120-121. A continuación el documento señala explícitamente: “Si el país no logra invertir en un futuro próximo la tendencia desfavorable de la capacidad para importar de los últimos años, será tal vez necesario racionalizar las importaciones más allá del mencionado margen de 30 %, con lo que se comprometería no solamente la tasa de desarrollo económico, sino también la de la producción corriente”.

pro de mejores salarios colmará esa tendencia, gravando pesadamente el costo de producción industrial y conduciendo a la larga a la depresión económica.

Un último factor que puede ser aislado, para fines del análisis, es la modernización tecnológica que acompañó al proceso de industrialización, principalmente después de la guerra de 1939. Reduciendo la participación del trabajo humano en la actividad manufacturera, en términos relativos, ello condujo a que se verificara un fuerte margen entre los excedentes de mano de obra, liberados de la agricultura y las posibilidades de empleo creadas por la industria. El problema no hubiera sido tan grave si la mano de obra excedente estuviera en condiciones de competir con la mano de obra empleada, pues la existencia de un mayor ejército industrial de reserva neutralizaría la presión sindical pro aumento de salarios, contrarrestando el efecto del alza de los precios agrícolas internos. Tal cosa no se dio, ya que esa mano de obra no se puede emplear sino en ciertas actividades que exigen poca calificación del trabajo (la construcción civil, por ejemplo), aumentando su incapacidad profesional al mismo ritmo que avanza la modernización tecnológica. En consecuencia, los sectores clave de la economía, como la metalurgia, la industria mecánica, la industria química, no pudieron beneficiarse de un aumento real de la oferta de trabajo, en proporción a la migración interna de mano de obra.

En esas condiciones, las migraciones rurales representaron cada vez más un empeoramiento de los problemas sociales urbanos. Esos problemas se juntaron a los que surgían en el campo, donde cundía la lucha por la posesión de la tierra y se generaban movimientos como el de las Ligas Campesinas. Sin llegar jamás a determinar el sentido de la evolución de la sociedad brasileña, el movimiento campesino, con sus conflictos sangrientos y sus consignas radicales, acabó por convertirse en el telón de fondo donde se proyectó la radicalización de la lucha de clases en las ciudades.

La ruptura de la complementariedad entre la industria y la agricultura, que condujo al planteamiento de la necesidad de una reforma agraria, determinó, por parte de la burguesía, el deseo de revisión del compromiso de 1937, revisión intentada con el segundo gobierno de Vargas (1951-1954), y con los gobiernos de Quadros (1961) y de Goulart (1961-1964). En realidad, lo que pasaba era que el desarrollo del capitalismo industrial brasileño chocaba con el límite que le imponía la estructura agraria. Al estrellarse contra el otro límite, representado por sus relaciones con

el imperialismo, todo el sistema entraría en crisis, la cual no revelaría apenas su verdadera naturaleza, sino que lo impulsaría hacia una nueva etapa de su desenvolvimiento.

## La embestida imperialista

En el período clave de su desarrollo, es decir, entre 1930 y 1950, la industria brasileña se benefició de la crisis mundial del capitalismo, no solamente en virtud de la imposibilidad en que se encontró la economía nacional para satisfacer con importaciones la demanda interna de bienes manufacturados, se benefició también porque la crisis le permitió adquirir a bajo precio los equipos necesarios a su implantación y, principalmente, porque ella alivió considerablemente la presión de los capitales extranjeros sobre el campo de inversión representado por el Brasil. Esta situación es común para el conjunto de los países latinoamericanos. Las inversiones directas norteamericanas en América Latina, que habían sido del orden de los 3 462 millones de dólares en 1929, bajaron a 2 705 millones en 1940; en 1946, todavía, el monto de esas inversiones era inferior al de 1929, mas en 1950 alcanzan ya un nivel superior, y suman 4 445 millones, para llegar, en 1952, a los 5 443 millones de dólares, y doblar esa suma a principios de la década de 1960.

Este cambio de tendencia no se limita al monto de las inversiones, sino que afecta también su estructura. Así, mientras en 1929 solamente 231 millones (menos del 10 % del total) eran invertidos en la industria manufacturera, este sector atraía, en 1950, el 17,5 % (780 millones) y el 21,4 % en 1952 (1 166 millones de dólares). Si tomamos la relación entre la incidencia de las inversiones en el sector agrícola y en la minería, petróleo y manufactura, veremos que la distribución proporcional de 10 % y 45 %, respectivamente, que existía en 1929, pasa a ser, en 1952, de 10 % y de 60 % del total.

En la historia de las relaciones de América Latina con el imperialismo norteamericano, los primeros años de la década de 1950 constituyen, pues, un *tournant*. Así también para el Brasil. Es cuando la crisis del sistema tradicional de exportación salta a la vista, como señalamos anteriormente. Pero sobre todo, es cuando se intensifica la penetración directa del capital imperialista en el sector manufacturero nacional, de tal manera que las inversiones norteamericanas, que habían sido allí de 46 millones de dólares en 1929, de 70 millones en 1940 y de 126 millones en 1946, llegaron en 1950 a 284 millones y, en 1952 a 513 millones de

dólares, mientras el monto global de esas inversiones, en todos los sectores, pasa de 194 millones en 1929 a 240 en 1940, a 323 millones en 1946, 644 millones en 1950 y 1 013 millones de dólares en 1952.<sup>6</sup>

Esa embestida de los capitales privados de los Estados Unidos es acompañada de un cambio en las relaciones entre el Gobierno de ese país y el del Brasil. Durante el período de la guerra, el Gobierno brasileño logró obtener la ayuda financiera pública norteamericana para proyectos industriales de importancia, como la planta siderúrgica de Volta Redonda, que ha permitido la afirmación efectiva de una industria básica en el país. En la posguerra una misión norteamericana visita el Brasil para realizar un levantamiento de sus posibilidades económicas e industriales, y publica su informe en 1949, mientras el Gobierno brasileño elabora el Plan SALTE (Salud, Alimentación, Transporte y Energía) para el período 1949-1954. Todavía en 1950 es creada la Comisión mixta Brasil-Estados Unidos, siendo aprobado por los dos gobiernos un esquema de financiamiento público norteamericano del orden de 500 millones de dólares, para los proyectos destinados a erradicar los puntos de estrangulamiento en los sectores infraestructurales y de base.

La ejecución de ese esquema de financiamiento es obstaculizada, empero, por el Gobierno norteamericano, el que (al suceder —1952— en la presidencia el republicano Eisenhower al demócrata Truman) acaba por negarse a reconocer la obligatoriedad del convenio de ayuda. La táctica era clara: tratábase de imposibilitar a la burguesía brasileña el acceso a recursos que le permitiesen erradicar con relativa autonomía los puntos de estrangulamiento surgidos en el proceso de industrialización, forzándola a aceptar la participación directa de los capitales privados norteamericanos los cuales realizaban, como señalamos, una embestida sobre el Brasil. Esa táctica será adoptada, en adelante, de manera sistemática por los Estados Unidos, estando a la raíz del conflicto entre el gobierno Kubitschek y el Fondo Monetario Internacional, que estalla hacia 1958, y de la ulterior oposición entre los gobiernos de Quadros y Goulart y la Administración norteamericana.

<sup>6</sup> Los datos sobre las inversiones norteamericanas en Latinoamérica y en el Brasil fueron suministrados por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, en su publicación *U. S. Investments in the Latin America Economy*, 1957.

## Imperialismo y burguesía nacional

La burguesía brasileña intentará reaccionar contra la presión de los Estados Unidos en tres ocasiones distintas. La primera, en 1953-1954, con el brusco cambio de orientación que se opera en el gobierno de Vargas (quien, depuesto en 1945, regresara al poder como candidato victorioso de oposición, en 1951). Buscando reforzarse en el plano externo con una aproximación a la Argentina de Perón, Vargas altera su política interna, lanzando un programa desarrollista y nacionalista, que se expresa en el resucitamiento del Plan SALTE (que había quedado inaplicado y vuelve a la escena bajo el nombre de Plan Lafer), en la ley del monopolio estatal del petróleo y el encaminamiento al Congreso de un proyecto que instituía régimen idéntico para la energía eléctrica, en la creación del Fondo Nacional de Electrificación y en la elaboración de un programa federal de construcción de carreteras. Una primera reglamentación de la exportación de utilidades del capital extranjero es dictada, al mismo tiempo que se anuncia una nueva reglamentación más rigurosa, y en que el Gobierno envía al Congreso una ley que tasa los beneficios extraordinarios. Paralelamente, en las pláticas palaciegas, se ventila la intención gubernamental de atacar el problema del latifundio, proponiendo una reforma agraria basada en expropiaciones y el reparto de tierras. Para sostener su política, Vargas decide movilizar al proletariado urbano: el ministro del Trabajo, João Goulart, concede un aumento de 100 % sobre los niveles del salario mínimo y llama a las organizaciones obreras a respaldar el Gobierno.

La tentativa fracasa. Presionado por la derecha, hostilizado por el Partido Comunista y acosado por el imperialismo (principalmente gracias a maniobras bajistas sobre el precio del café, que desencadenan una crisis cambiaria), el ex dictador acepta la dimisión de Goulart y, mediante varias concesiones, busca un arreglo con la derecha. Pero la lucha iba ya muy adelantada y el abandono de la política de movilización obrera, expresada por la sustitución de Goulart, sirve tan solo para entregarlo indefenso a sus enemigos. El 24 de agosto de 1954, virtualmente depuesto, Vargas se suicida.

La Instrucción 113, expedida por el gobierno interino de Café Filho y mantenida por Juscelino Kubitschek (quien asume la presidencia de la República en 1956), consagra la victoria del imperialismo. Creando facilidades excepcionales para el ingreso de los capitales extranjeros, ese instrumento jurídico corresponde a un compromiso entre la burguesía

brasileña y los grupos económicos norteamericanos. El flujo de inversiones privadas procedentes de los Estados Unidos alcanzó en menos de 5 años cerca de 2,5 mil millones de dólares, impulsando el proceso de industrialización y aflojando la presión que el deterioro de las exportaciones tradicionales ejercía sobre la capacidad para importar. Observemos que esa penetración de capital imperialista presentó tres características principales: se dirigió, en su casi totalidad, a la industria manufacturera y de base; se procesó bajo la forma de introducción en el país de máquinas y equipos ya obsoletos en los Estados Unidos, y se realizó en gran parte a través de la asociación de compañías norteamericanas a empresas brasileñas.

Hacia 1960, el deterioro constante de las relaciones de intercambio comercial y la tendencia de las inversiones extranjeras a declinar, agravados por los movimientos reivindicativos de la clase obrera (en virtud, principalmente, de la ya señalada alza de los precios agrícolas internos), agudizan nuevamente las tensiones entre la burguesía brasileña y los monopolios norteamericanos. Janio Quadros, quien sucede a Kubitschek en 1961, intentará evitar la crisis que se acerca. Expresando los intereses de la gran burguesía de Sao Paulo, Quadros practica una política económica de contención de los niveles salariales y de liberalismo, cuyo objetivo es crear de nuevo atractivos a las inversiones de capital, incluso las extranjeras, al mismo tiempo que plantea la necesidad de reformas de base, sobre todo en el campo. A ello agrega una orientación independiente en la política exterior, que se destina a ampliar el mercado brasileño para exportaciones tradicionales, diversificar sus fuentes de abastecimiento en materias primas, equipos y créditos, y posibilitar la exportación de productos manufacturados para África y Latinoamérica. Basado en el poder de discusión que le daba esa diplomacia, y en una alianza con la Argentina de Frondizi (alianza concretada en el acuerdo de Uruguayana, firmado en abril de 1961), Quadros buscará, también, sin éxito, imponer condiciones en la conferencia de agosto en Punta del Este, donde se consagra el programa de la Alianza para el Progreso y que representa una revisión de la política interamericana.

Como Vargas, Quadros fracasa. La reacción de la derecha, la presión imperialista, la insubordinación militar lo llevan al gesto dramático de la renuncia. Goulart, que le sucede, después que se frustra una maniobra para —preanunciando lo que pasaría en 1964— someter el país a la tutela militar, dedicará todo el año de 1962 a restablecer la integridad de sus poderes, que la implantación del parlamentarismo, en 1961, limitara. Para ello, revive en la política nacional el frente único obrero-burgués, de inspiración varguista, respaldado ahora por el Partido Comunista.

Aunque los intentos para restablecer la alianza con la Argentina no produzcan resultados, ni los de subsistir esa alianza por la aproximación a México y Chile, la política externa brasileña no sufre, con Goulart, cambios sensibles. Internamente, se agudiza la oposición entre la burguesía, sobre todo sus estratos inferiores, y el imperialismo, llevando a la concreción del monopolio estatal de la energía eléctrica, que Vargas planteara en 1953, y a la reglamentación de la exportación de utilidades de las empresas extranjeras. Sin embargo, en 1963, tras el plebiscito popular que restaura el presidencialismo, el Gobierno tendrá que enfrentarse a una disyuntiva insuperable: obtener el respaldo obrero para la política externa y las reformas de base, de interés para la burguesía, y contener, al mismo tiempo, por exigencia de la burguesía, las reivindicaciones salariales. La imposibilidad de solucionar ese problema conduce el Gobierno al inmovilismo, el cual acelera la crisis económica, agudiza la lucha de clases y abre, finalmente, las puertas a la intervención militar.

Este examen superficial de las luchas políticas brasileñas en los últimos quince años parece dar razón a la concepción generalmente adoptada por la corriente mayoritaria de izquierda de una burguesía desarrollista, antimperialista y antifeudal. La primera cuestión está, sin embargo, en saber lo que se entiende por burguesía nacional. Las vacilaciones de la política burguesa y, sobre todo, la conciliación con el imperialismo que puso en práctica en el período de Kubitschek, llevaron a que se hablara de sectores de la burguesía comprometidos con el imperialismo, en oposición a la burguesía propiamente nacional. Para muchos, esta última se identificaría con la burguesía mediana y pequeña, siendo calificados dichos sectores comprometidos como una burguesía monopolista, o gran burguesía.

La distinción tiene su razón de ser. Se puede en efecto considerar que las nacionalizaciones, las reformas de base, la política externa independiente han representado para la gran burguesía, es decir, para sus sectores económicamente más fuertes, más un instrumento de chantaje, destinado a aumentar su poder de discusión frente al imperialismo, que una estrategia para lograr un desarrollo propiamente autónomo del capitalismo nacional. Inversamente, para la media y la pequeña burguesía (que predominan, sectorialmente, en la industria textil y la industria de refacciones automovilísticas, por ejemplo, y regionalmente en Río Grande del Sur), se trataba efectivamente de limitar, y aun excluir, la participación del imperialismo en la economía brasileña. A esos estratos burgueses más débiles, habría que agregar ciertos grupos industriales de gran



dimensión, pero todavía en fase de implantación, favorables por tanto a una política proteccionista, como es el caso de la joven siderurgia de Minas Gerais, en la que se verifica, sin embargo, fuerte incidencia de capitales alemanes y japoneses.

La razón para esa diferencia de actitud entre la gran burguesía y sus estratos inferiores es evidente. Frente a la penetración de los capitales norteamericanos, la primera tenía una opción —la de asociarse a esos capitales— que, más que una opción, era una conveniencia. Es normal que el capital extranjero, ingresando al país principalmente bajo la forma de equipos y técnicas, buscara asociarse a grandes unidades de producción, capaces de absorber una tecnología que, por el hecho de estar obsoleta en los Estados Unidos, no dejaba de ser avanzada para el Brasil. Aceptando esa asociación, y beneficiándose de las fuentes de crédito y de la nueva tecnología, las grandes empresas nacionales aumentan su plusvalía relativa y su capacidad competitiva en el mercado interno. En estas condiciones, la penetración de capitales norteamericanos significa la absorción y la quiebra de las unidades más débiles, traducándose en una acelerada concentración de capital, que engendra estructuras de carácter cada vez más monopolístico.

Es lo que explica que hayan sido los estratos inferiores de la burguesía y los grandes grupos (no necesariamente nacionales), todavía incapaces de sostener la competencia con los capitales norteamericanos, los que movieron la verdadera oposición a la política económica liberal de Quadros, que beneficiaba a los monopolios nacionales y extranjeros, y los que impulsaron, en el período de Goulart, la adopción de medidas restrictivas a las inversiones externas, tales como la reglamentación de la exportación de utilidades —mientras la gran burguesía de Sao Paulo tendía hacia actitudes mucho más moderadas. Nada de ello impidió que la intensificación de las inversiones norteamericanas, en los años 50, aumentase desproporcionadamente el peso del sector extranjero en la economía y en la vida política del Brasil. Además de acelerar la transferencia del comando de sectores básicos de producción a grupos norteamericanos y subordinar definitivamente el proceso tecnológico brasileño a los Estados Unidos, eso agrandó la influencia de los monopolios extranjeros en el proceso de elaboración de las decisiones políticas y atenuó la ruptura que se había producido entre la agricultura y la industria.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Principalmente porque las empresas y accionistas extranjeros dependen de las divisas producidas por la exportación para remitir sus ganancias al exterior.

Sin embargo, como los hechos demostraron, lo que estaba en juego, para todos los sectores de la burguesía, no era específicamente el desarrollo, ni el imperialismo, sino la tasa de beneficios. En el momento en que los movimientos de masa pro elevación de los salarios se acentuaron, la burguesía olvidó sus diferencias internas para hacer frente a la única cuestión que la preocupa de hecho: la reducción de sus ganancias. Eso fue tanto más verdadero cuanto no solamente el alza de los precios agrícolas, que había aparecido a los ojos de la burguesía como un elemento determinante en las reivindicaciones obreras, pasó a segundo plano, en virtud de la autonomía que ganaron tales reivindicaciones, sino también porque el carácter político que éstas asumieron puso en peligro la propia estructura de dominación vigente en el país. A partir del punto en que reivindicaciones populares más amplias se unieron a las demandas obreras, la burguesía —con los ojos puestos en la Revolución cubana— abandonó totalmente la idea del frente único de clases y se volcó masivamente en las huestes de la reacción.

Esas reivindicaciones populares amplias, que mencionamos, resultaban en gran parte del dinamismo que ganara el movimiento campesino, mas se explicaban sobre todo por el agravamiento de los problemas de empleo de la población urbana, que acarrearía la modernización tecnológica. Esa modernización, de origen extranjero y exigiendo de la mano de obra una calificación que ésta no tenía, acabó por crear una situación paradójica: mientras aumentaba el desempleo de la mano de obra en general, el mercado de trabajo de la mano de obra calificada se agotaba, constituyéndose en un punto de estrangulamiento, que postulaba todo un programa de formación profesional, es decir, tiempo y recursos, para ser superado. La fuerza adquirida por los sindicatos de esos sectores (metalurgia, petróleo, industrias mecánicas y químicas) compensó la desventaja que el desempleo creaba para los demás (construcción civil, industria textil), impulsando hacia el alza el conjunto de los salarios.

La solución inmediata al problema, por parte de la burguesía, implicaba la contención coercitiva de los movimientos reivindicatorios y una nueva ola de modernización tecnológica que, aumentando la productividad del trabajo, permitiese reducir la participación de la mano de obra en la producción y por tanto aflojar la presión que la oferta de empleos ejercía sobre el mercado de trabajo calificado. Para la contención salarial, la burguesía necesitaba crear condiciones que no derivaban, evidentemente, del frente obrero-burgués, que el Gobierno y el PC insistían en proponerle. Para renovar su tecnología, no podía contar con las parcas

divisas suplidas por la exportación y, ahora, ni siquiera con el recurso a las inversiones extranjeras. .

En efecto, desde 1961, se hace cada vez más sensible la resistencia de los sindicatos a la erosión inflacionaria de los salarios, y se verifica incluso, por parte de éstos, una ligera tendencia a la recuperación, al mismo tiempo que se acelera, por mediación del mecanismo de los precios, y en virtud de la rigidez de la oferta agrícola, la transferencia de recursos de la industria hacia la agricultura. Los intentos de la burguesía para imponer una estabilización monetaria (1961 y 1963) fracasan. Sus tentativas para accionar en beneficio propio el proceso inflacionario, a través de alzas sucesivas de los precios industriales, apenas ponen ese proceso al galope, en virtud de las respuestas inmediatas que le dan el sector comercial agrícola y las clases asalariadas.<sup>8</sup> La elevación consecuente de los costos de producción provoca bajas sucesivas en la tasa de ganancias: las inversiones declinan, no solamente las nacionales, sino también las extranjeras.

Con la recesión de las inversiones extranjeras, cerrábase la puerta para las soluciones de compromiso que la burguesía había aplicado desde 1955, al fracasar su primera tentativa para promover el desarrollo capitalista autónomo del país. La situación que debía enfrentar ahora era aún más grave, puesto que, con el desenvolvimiento de la crisis de la balanza de pagos, el punto de estrangulamiento cambiario se agudizaba y esto al momento mismo en que, terminado el plazo de maduración de las inversiones realizadas en la segunda mitad de los 50, los capitales extranjeros presionaban fuertemente para exportar sus utilidades. Por tanto, la crisis cambiaria se traducía en el deterioro de la capacidad para importar, lo cual no solamente no podía ser sorteado mediante el recurso a los capitales extranjeros, sino que era agravado por la acción misma de esos capitales. La consecuencia de la presión de esas tenazas sobre la economía nacional era, por la primera vez desde los años 30, una verdadera crisis industrial.

En realidad, lo que se encontraba puesto en jaque era todo el sistema capitalista brasileño. La burguesía —grande, mediana, pequeña— lo comprendió y, olvidando sus pretensiones autárquicas, así como la pretensión de mejorar su participación frente al socio mayor norteamericano, se

<sup>8</sup> La tasa de inflación se aceleró en 1959, y pasó del promedio anual de 20 % que presentara entre 1951-1958 a 52 %. Después de atenuarse en 1960, aumentó progresivamente hasta alcanzar el 81 % en 1963.

preocupó únicamente por salvar el propio sistema. Y fue así como llegó al régimen militar, implantado el 1. de abril de 1964.

## El subimperialismo

La dictadura militar aparece así como la consecuencia inevitable del desarrollo capitalista brasileño y como un intento desesperado para abrirle nuevas perspectivas de desenvolvimiento. Su aspecto más evidente ha sido la contención por la fuerza del movimiento reivindicativo de las masas. Interviniendo en los sindicatos y demás órganos de clase, disolviendo las agrupaciones políticas de izquierda y acallando su prensa, encarcelando y asesinando líderes obreros y campesinos, promulgando una ley de huelga que obstaculiza el ejercicio de ese derecho laboral, la dictadura logró promover, por el terror, un nuevo equilibrio entre las fuerzas productivas. Se bajaron normas fijando límites a los reajustes salariales y reglamentando rígidamente las negociaciones colectivas entre sindicatos y empresarios, que acarrearón una reducción sensible en el valor real de los salarios.<sup>9</sup>

Para ejecutar esa política antipopular fue necesario reforzar la coalición de las clases dominantes. Desde este punto de vista, la dictadura correspondió a una ratificación del compromiso de 1937, entre la burguesía y la oligarquía latifundista-mercantil. Esto quedó claro al renunciar la burguesía a una reforma agraria efectiva, que hiriese el régimen actual de la propiedad de la tierra. La reforma agraria aprobada por el gobierno militar se ha limitado al intento de crear mejores condiciones para el desarrollo agrícola, mediante la concentración de las inversiones y la formación de fondos para la asistencia técnica, dejando las expropiaciones para los casos críticos de conflicto por la posesión de la tierra. Trátase, en suma, de intensificar en el campo el proceso de capitalización, lo que, además de exigir un plazo largo, no pudo realizarse en gran escala, en virtud de la recesión global de las inversiones.

Es necesario, empero, tener en cuenta que fue la necesidad de respaldo político del latifundio la única causa de esta situación. La contención salarial resta, por un lado, el carácter agudo que tenía para la burguesía

<sup>9</sup> Tomando como base el índice oficial del costo de vida, el Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socioeconómicos (DIEESE), de Sao Paulo, demostró que, en los primeros años del régimen militar y frente a alzas del costo de la vida, de 86 % y 45,5 % respectivamente, los salarios aumentaron sólo en 83 % en 1964 y 40 % en 1965. En este último año, la reducción del poder adquisitivo real del salario obrero fue del orden del 15,3 %.

al alza de los precios agrícolas, puesto que éstos ya no pueden repercutir normalmente sobre el costo de la producción industrial. Por otra parte, la dictadura militar pasó a ejercer una estrecha vigilancia sobre el comportamiento de los precios agrícolas, manteniéndolos coercitivamente en un nivel tolerable para la industria. Finalmente, la razón determinante para el restablecimiento integral de la alianza de 1937 es el desinterés relativo de la gran burguesía en cuanto a una dinamización efectiva del mercado interno brasileño. Volveremos luego a este punto.

Otro aspecto de la actuación desenvuelta por la dictadura militar consistió en la creación de estímulos y atractivos a las inversiones extranjeras, principalmente de los Estados Unidos. Mediante la revocación de limitaciones a la acción del capital extranjero, como las que se establecían en la ley de exportación de utilidades, la concesión de privilegios a ciertos grupos, como pasó con la Hanna Corporation, la firma de un acuerdo de garantías a las inversiones norteamericanas, se trató de atraer al país esos capitales. Simultáneamente, conteniendo el crédito a la producción (que lleva a las empresas a buscar el sostén del capital extranjero o ir a la quiebra, cuando son compradas a bajo precio por los grupos internacionales); estimulando la llamada “democratización del capital” (lo que implica, en la fase de estancamiento, facilitar al único sector fuerte de la economía, el extranjero, el acceso a por lo menos parte del control de las empresas); creando fondos estatales o privados de financiamiento, basados en empréstitos externos; tributando fuertemente la hoja de salarios de las empresas (lo que las obliga a renovar su tecnología a fin de reducir la participación del trabajo y, por tanto, buscar la asociación con capitales extranjeros) —el gobierno militar promueve la integración acelerada de la industria nacional a la norteamericana. El instrumento principal para alcanzar este objetivo fue el “programa de acción económica del gobierno”, elaborado por el gobierno de Castelo Branco, para el período 1964-1966. Para atraer a los inversionistas extranjeros, sin embargo, el argumento principal que esgrimió el Gobierno fue la baja de los costos de producción en el país, obtenida por la contención de las reivindicaciones de la clase obrera.

La política de integración al imperialismo tiene un doble efecto: aumentar la capacidad productiva de la industria, gracias al impulso que da a las inversiones y a la racionalización tecnológica, y, en virtud de esta última, acelerar el descompás existente entre el crecimiento industrial y la creación de empleos por la industria. No se trata, como vimos, sólo de reducir la oferta de empleos para los nuevos contingentes que

llegan anualmente, en la proporción de un millón, al mercado de trabajo: implica también la reducción de la participación de la mano de obra ya en actividad, aumentando fuertemente la incidencia del desempleo.

La integración imperialista subraya, pues, la tendencia del capitalismo industrial brasileño que lo vuelve incapaz de crear mercados en la proporción de su desarrollo y, más aún, lo impulsa a restringir tales mercados, en términos relativos. Trátase de una agudización de la ley general de acumulación capitalista, es decir, la absolutización de la tendencia al pauperismo, que lleva al estrangulamiento de la propia capacidad productiva del sistema, ya evidenciada por los altos índices de “capacidad ociosa” verificados en la industria brasileña aun en su fase de mayor expansión. La marcha de esa contradicción fundamental del capitalismo brasileño lo lleva a la más total irracionalidad, es decir, a expandir la producción, restringiendo cada vez más la posibilidad de crear para ella un mercado nacional, comprimiendo los niveles internos de consumo y aumentando constantemente el ejército industrial de reserva.

Esta contradicción no es propia del capitalismo brasileño, sino que es común al capitalismo en general. En los países capitalistas centrales, sin embargo, su incidencia ha sido contrarrestada de dos maneras: por el ajuste del proceso tecnológico a las condiciones propias de su mercado de trabajo<sup>10</sup> y por la incorporación de mercados externos (entre ellos, el mismo Brasil) a sus economías. La irracionalidad del desarrollo capitalista en Brasil deriva precisamente de la imposibilidad en que se encuentra para controlar su proceso tecnológico, ya que la tecnología es para él un producto de importación, estando esta incorporación condicionada por factores aleatorios como la posición de la balanza comercial y los movimientos externos de capital; y de las circunstancias particulares que el país debe enfrentar para, repitiendo lo que hicieron los sistemas más antiguos, buscar en el exterior la solución para el problema del mercado.

Prácticamente, esto se traduce, en primer lugar, en el impulso de la economía brasileña hacia el exterior, en el afán de compensar con la conquista de mercados ya formados, principalmente en Latinoamérica, su incapacidad para ampliar el mercado interno.<sup>11</sup> Esta forma de imperialismo

<sup>10</sup> Este tema, ampliamente desarrollado ya por Marx, recibe una exposición novedosa por parte de Celso Furtado, en la parte I de su *Dialéctica del desarrollo*, México, 1965.

<sup>11</sup> Tomando 1962 como año base, los índices de exportación de productos manufacturados brasileños fueron de 102 en 1963; 152 en 1964; 317 en 1965, y 272 en 1966. Datos suministrados por *Desenvolvimento & Conjuntura*, Rio de Janeiro, diciembre de 1966, p. 10. Se considera apenas, para el cálculo, el período enero-agosto



conduce, sin embargo, a un subimperialismo. En efecto, no es posible a la burguesía brasileña competir en mercados ya repartidos por los monopolios norteamericanos, y el fracaso de la política externa independiente de Quadros y Goulart, lo demuestra. Por otra parte, esa burguesía depende para el desarrollo de su industria de una tecnología cuya creación es privativa de dichos monopolios. Sólo le queda entonces la alternativa de ofrecer a éstos una sociedad en el proceso mismo de producción en el Brasil, argumentando con las extraordinarias posibilidades de ganancias que la contención coercitiva del nivel salarial de la clase obrera contribuye a crear.

El capitalismo brasileño se ha orientado así hacia un desarrollo monstruoso, puesto que llega a la etapa imperialista antes de haber logrado el cambio global de la economía nacional y en una situación de dependencia creciente frente al imperialismo internacional. La consecuencia más importante de este hecho es que, al revés de lo que pasa con las economías capitalistas centrales, el subimperialismo brasileño no puede convertir la explotación, que pretende realizar en el exterior, en un factor de elevación del nivel de vida interno, capaz de amortiguar el ímpetu de la lucha de clases. Tiene, al contrario, por la necesidad que experimenta de proporcionar un sobrelucro a su socio mayor norteamericano, que agravar violentamente la explotación del trabajo en el marco de la economía nacional, en el esfuerzo para reducir sus costos de producción.

Trátase, en fin, de un sistema que ya no es capaz de atender a las aspiraciones de progreso material y de libertad política, que movilizan hoy a las masas brasileñas. Inversamente, tiende a subrayar sus aspectos más irracionales, encauzando cantidades del excedente económico hacia el sector improductivo de la industria bélica y aumentando, por la necesidad de absorber parte de la mano de obra desempleada, sus efectivos militares. No crea, de esta manera, tan solo las premisas para su expansión hacia el exterior: refuerza también internamente el militarismo, destinado a afianzar la dictadura abierta de clase que la burguesía se ha visto en la contingencia de implantar.

## Revolución y lucha de clases

Es en esta perspectiva que se ha de determinar el verdadero carácter de la Revolución brasileña. Por supuesto, nos referimos aquí a un proceso venidero, ya que hablar de él como de algo existente, en la fase contrarrevolucionaria que atraviesa el país, no tiene sentido. Identificar esa Revolución

con el desarrollo capitalista es una falacia, similar a la imagen de una burguesía antimperialista y antifeudal. El desarrollo industrial capitalista fue, en realidad, lo que prolongó en el Brasil la vida del viejo sistema semicolonial de exportación. Su desenvolvimiento, al revés de liberar el país del imperialismo, lo vinculó con éste aún más estrechamente, y acabó por conducirlo a la presente etapa subimperialista, que corresponde a la imposibilidad definitiva de un desarrollo capitalista autónomo en el Brasil.

La noción de una “burguesía nacional” de pequeño porte, capaz de realizar las tareas que la burguesía monopolista no llevó a cabo, no resiste a su vez al menor análisis. No se trata solamente de señalar que los intereses primarios de esos estratos burgueses son los de cualquier burguesía, es decir, la preservación del sistema contra toda amenaza proletaria, como lo demostró su respaldo al golpe militar de 1964. Trátase, principalmente, de ver que la actuación política de la llamada “burguesía nacional” expresa su rezago económico y tecnológico, y corresponde a una posición reaccionaria, aun en relación con el desarrollo capitalista.

El motor de ese desarrollo está constituido, sin lugar a duda, por la industria de bienes intermedios y de equipos, es decir, aquel sector donde reina soberana la burguesía monopolista, asociada a los grupos extranjeros. Son las necesidades propias de tal sector las que impulsaron el capitalismo brasileño hacia la etapa subimperialista, único camino encontrado por el sistema para seguir con su desenvolvimiento. A esta alternativa, la “burguesía nacional” nada tiene que contraponer, sino una demagogia nacionalista y populista, que apenas encubre su incapacidad para hacer frente a los problemas planteados por el desarrollo económico.

La prueba de ello está en que, a pesar de la fuerza que los sectores medios y pequeños de la burguesía disfrutaron en el período Goulart, gracias a que sus representantes ideológicos ocupaban la mayoría de los puestos oficiales, no lograron encontrar una salida para la crisis económica que se avecinaba.

Al contrario, a medida en que la marcha de la crisis se traducía en el incremento de las reivindicaciones populares y en la radicalización política, esos sectores se sumergieron en la perplejidad y el pánico, hasta el punto de entregar, sin resistencia, a la burguesía monopolista el liderazgo de que disponían.

La política subimperialista de la gran burguesía, tratando de compensar la caída de las ventas internas con la expansión exterior, no ha podido, sin embargo, aprovechar a la llamada “burguesía nacional”, la cual,

en medio de quiebras y falencias, se vio empujada a una situación desesperada. Aprovechándose de las dificultades encontradas para la ejecución de la política subimperialista (dificultades determinadas en gran parte por el esfuerzo de guerra norteamericano en Viet Nam y a los cambios de la política argentina, posteriores al golpe militar de 1966 en este país), esta burguesía maniobró para introducir modificaciones en la política económica del Gobierno, a fin de aliviar su situación. Tales modificaciones se cifran, principalmente, en una liberación en el crédito oficial, lo que, si se realizase sin una correspondiente liberalización de los salarios, agravaría aún más la explotación de la clase obrera; y si se completara con la liberalización salarial, restauraría el *impasse* de 1963, que condujo a la implantación de la dictadura militar.

Es evidente, pues, que la búsqueda de soluciones intermedias, basadas en los intereses de los sectores burgueses más débiles, o resulta impracticable, o es susceptible de conducir, en plazo más o menos corto, a la clase obrera y demás grupos asalariados a una situación peor que en la que se encuentran. Hay que recelar que esto no sería posible sin un endurecimiento todavía mayor de los aparatos de represión, y un agravamiento del carácter parasitario que tienden a asumir esos sectores burgueses en relación con el Estado. En otras palabras, una política económica pequeño-burguesa, en las condiciones vigentes en el Brasil, exigiría muy probablemente la implantación de un verdadero régimen fascista.

En cualquier caso, sin embargo, no se estaría dando solución al problema del desarrollo económico, que no puede ser lograda, como pretende la “burguesía nacional”, obstaculizando la incorporación del progreso tecnológico extranjero y estructurando la economía con base en unidades de baja capacidad productiva. Para las grandes masas del pueblo, el problema está, inversamente, en una organización económica que no sólo admita la incorporación del progreso tecnológico y la concentración de las unidades productivas, sino que la acelere, sin que ello implique agravar la explotación del trabajo en el marco nacional y subordinar definitivamente la economía brasileña al imperialismo. Todo está en lograr una organización de la producción que permita el pleno aprovechamiento del excedente creado, vale decir, que aumente la capacidad de empleo y producción dentro del sistema, elevando los niveles de salario y de consumo. Como esto no es posible en el marco del sistema capitalista, no queda al pueblo brasileño sino un camino: el ejercicio de una política obrera, la lucha por el socialismo.

A los que niegan a la clase obrera del Brasil la madurez necesaria para ello, el análisis de la dialéctica del desarrollo capitalista en el país ofrece rotunda respuesta. Han sido, en efecto, las masas trabajadoras las que, con su movimiento propio, e independiente de las consignas reformistas que recibían de sus directivas, hicieron crujir las articulaciones del sistema y determinaron sus límites. Llevando hacia adelante sus reivindicaciones económicas, que repercutieron en los costos de producción industrial, y atrayéndose la solidaridad de las clases explotadas en un vasto movimiento político, el proletariado agudizó la contradicción surgida entre la burguesía y la oligarquía terrateniente-mercantil e impidió a la primera el recurso a las inversiones extranjeras, forzándola a buscar el camino del desarrollo autónomo. Si al final la política burguesa condujo a la capitulación y, más que eso, a la reacción, es porque, en verdad, ya no existe para la burguesía la posibilidad de conducir la sociedad brasileña hacia formas superiores de organización y de progreso material.

El verdadero estado de guerra civil implantado en el Brasil por las clases dominantes, del cual la dictadura militar es la expresión, no puede ser sorteado mediante fórmulas de compromiso con algunos estratos burgueses. La inanidad de esos compromisos, frente a la marcha implacable de las contradicciones que plantea el desarrollo del sistema, impulsa necesariamente a la clase obrera a las trincheras de la revolución. Por otra parte, el carácter internacional que la burguesía subimperialista pretende imprimir a su explotación identifica la lucha de clase del proletariado brasileño con la guerra antimperialista que se libra en el continente.

Más que una redemocratización y una renacionalización, el contenido de la sociedad que surgirá de ese proceso será el de una democracia nueva y de una nueva economía, abiertas a la participación de las masas y vueltas hacia la satisfacción de sus necesidades. En ese marco, los estratos inferiores de la burguesía, encontrarán, si quieren, y con carácter transitorio, un papel por desempeñar. Crear ese marco y dirigir su evolución es, sin embargo, una tarea que ningún reformismo podrá sustraer a la iniciativa de los trabajadores.